

# JAVIER APARICIO MAYDEU / EL CANON

## ACCIDENTAL: NARRATIVA TRADUCIDA DEL 2020

A la memoria de Alberto Blecua, Trevor J. Dadson, George Steiner, Iris M. Zavala, Joaquín Marco, Arturo Echavarría, Rubem Fonseca, Joseph Pérez y Juan Marsé, maestros, autoridades, amigos

Y en agradecimiento al profesor Jaume Subirana y a los autores de los artículos de este bendito almanaque del año de la peste, por su generosidad y su esfuerzo ímprobo en la tarea de rastrear con criterio lo más granado de la literatura de un año nefasto, de incertidumbre y desaliento, que podría haber traído consigo un aluvión de medianía cuando parece que nos ha deparado, en cambio, una bendición de creatividad. Nos ha parecido que un año tan peregrino merecía un almanaque que no siguiera estrictamente la convención y se permitiera pequeñas licencias, que quisiéramos provechosas para el lector, observando el vasto territorio literario y humanístico como sigue: la narrativa, escindida en narrativa española y narrativa traducida; la poesía; el teatro; el ensayo que se ocupa de las ciencias humanas y sociales; los estudios literarios, descompuestos en aquellos que tratan de la Edad Media, de los Siglos de Oro, de la literatura de los siglos XVIII a XXI y de la Teoría de la Literatura, la Literatura Comparada y los Estudios Culturales; las otras letras peninsulares, catalán, gallego, vasco y asturiano; y la literatura latinoamericana. Cuenta habida de las dificultades padecidas durante meses por la creación y la investigación, y de los escollos que han tenido que vencer editoriales, bibliotecas y teatros, el balance se encuentra ciertamente lejos de ser pobre, los asientos que este almanaque consigna muestran que la producción de 2020 ha sido cuantiosa, y nos aventuramos a sostener que en términos generales ha sido a la vez eximia.

También en narrativa traducida el canon accidentado y accidental que le proponemos al lector, que atiende por igual la enjundia de las obras que han salido airoas del *embarras du choix* y la calidad y el alcance de sus traducciones, es el testimonio de un año fructífero en el que ha brillado el talento.

El año editorial comenzó, en el terreno que nos ocupa, con la monumental novela de Antonio Scurati, *M. El hijo del siglo* (Alfaguara), grandioso ejercicio biográfico e histórico en torno a la figura del vanidoso y gesticulante Mussolini, émulo de César Augusto y padre del pavoroso fascismo, que devino en un actor secundario enfrentado al gran teatro del mundo, entre dandis y plutócratas mientras sonaba jazz en los gramófonos e inquietud en las conciencias. Primer volumen de una megalómana empresa, la novela abruma por su exhaustiva documentación tanto como deslumbra por su virtuosismo técnico en forma de *collage*, al que la espléndida traducción de Carlos Gumpert hace justicia. El idolatrado Ted Chiang, imprescindible en la ciencia ficción actual, regresó con los relatos de *Exhalación* (Sexto Piso) disfrazado de humanista de la deshumanización y delatando que se asoma la filosofía al discurso de la tecnología. El Premio Pulitzer obtenido por Colson Whitehead (Literatura Random House) con su novela *Los chicos de la Nickel* suma a su brillantez literaria, a la zaga de Toni Morrison, compromiso social y su connivencia con el apremiante movimiento *Black lives matter*, y asimismo un justo éxito comercial que le auguramos al último Premio Strega, *El colibrí* (Anagrama) de Sandro Veronesi, una historia contada de modo tan magistral que puede el lector advertir consuelo en una vida de dolor permanente. Y entre Beckett, Fellini y

Esquilo, un magistral desenlace litúrgico que parte de la atmósfera aciaga del sufrimiento para entonar un canto de vida y esperanza.

Y 2020 fue el año en el que vieron la luz dos novelas marcadas a fuego por una desasosegante y sobria concisión sujeta a una suerte de austeridad, de vacío vital. La primera es *El silencio* (Seix Barral), la última y beckettiana entrega del maestro Don DeLillo y tal vez la última de verdad, una sobrecogedora reflexión acerca de cómo el ser humano ha sido sometido por el becerro de oro de la tecnología. Javier Calvo ha sabido trasladar con maestría al castellano la atmósfera perturbadora fruto del apagón que sufre el mundo, tan global como ontológico, y que deja sumido al individuo en el angustioso silencio que lo obliga a formularse tácitas preguntas existenciales. La vida subida a un oscuro escenario en el que se interpreta sin guión y se padece la agonía de las palabras, de nuevo insuficientes a la hora de expresar sentimientos inefables. La extraordinaria biografía familiar que Marcel Cohen lleva a cabo en *La escena interior* (Tusquets) con un puñado de objetos, nostalgia de lo ignoto y recuerdos inventados es la otra. Una vez más, el París ocupado nos conduce a las ausencias causadas por la barbarie, recobradas en esta magnífica novela que se diría una sonata triste para viola da gamba que su traductor Javier Albiñana ha tañido con delicadeza. A lo largo de la andadura de 2020 se ha recuperado el segundo volumen de la trilogía *La familia Aubrey, La noche interrumpida* (Seix Barral) de Rebecca West, una modélica *bildungsroman* de la gran narradora británica, y se han publicado valiosas muestras de la mejor narrativa contemporánea: *Despojos* (Libros del Asteroide), la insólita y cruda crónica del naufragio del matrimonio de la gran escritora canadiense Rachel Cusk, que se convierte en personaje y autora a un tiempo, obra anterior a su célebre trilogía formada por *A contraluz, Tránsito y Prestigio; Otoño* (Nórdica), que *The New York Times* escogió entre los diez mejores libros de 2017 y quedó finalista del Man Booker Prize, es el primer volumen traducido al español de la tetralogía de la escocesa Ali Smith que retrata la Inglaterra actual sin ataduras ni contemplaciones; *Una clara y gélida mañana de enero a principios del siglo XXI* (Periférica) de Roland Schimmelpfennig, una insólita y aséptica historia caleidoscópica que muestra la interconexión ¿aleatoria? del mundo y la insustancial presencia del ser humano en él; *La guerra de los pobres* (Tusquets) de Éric Vuillard, que se hizo con el premio Goncourt en 2017, es la brevísima relación del origen de las protestas de los desheredados que clamaban justicia social como lo hacen hoy los indignados, un lúdico e irónico alegato en favor de los desvalidos que subraya el estilo de su autor, capaz de diseminar brotes líricos en medio de una estepa narrativa en la que solo se siente la brutalidad de la historia; *Nuestros inesperados hermanos* (Alianza), la novela en la que Amin Maalouf se plantea, como DeLillo, la civilización actual y el desconcierto del hombre ante un nuevo y sobrecogedor paisaje en el que es posible observar cómo se desvía el curso de la historia; *A su imagen* (Libros del Asteroide), de Jérôme Ferrari, la original elegía a una mujer difunta con hechuras de homilía y fotografías de fondo que certifica que toda personalidad es poliédrica y toda *verdad* cuestionable; o *La vida verdadera* (Salamandra) de Adeline Dieudonné, una *carta al padre* que en realidad es una invectiva en toda regla al progenitor entendido como maltratador, y que solo por la dulzura de una

narradora ebria de violencia y el modo en que trenza caprichos de la cultura pop y andanadas de crítica social justifica el haberse convertido en una novela relevante de la narrativa contemporánea en lengua francesa. Con su último aliento el 2020 nos entrega *La enfermedad de escribir* (Anagrama), un seductor volumen que recoge buena parte de la correspondencia del mítico y vehemente Charles Bukowski, en la que arremete contra los Beats, de los que en cierta manera fue un epígono, a la vez que ensalza a Céline o Fante y confiesa las gramáticas de su creación, los atoladeros de la escritura literaria y la ineludible ansiedad

de la influencia. Y se le antoja a uno que tal vez no sea mal colofón referir aquí el volumen *The Paris Review. Entrevistas (1953-2012)* (Acantilado), que recoge muchas de las míticas entrevistas a grandes escritores contemporáneos, de Faulkner a Céline, de Yourcenar a Kundera, de Atwood a Auster, un festín para todo lector que desee conocer los aledaños de la obra de su autor favorito.

J. APARICIO  
MAYDEU /  
EL CANON  
ACCIDENTAL...

J. A. M.—UNIVERSITAT POMPEU FABRA Y CRÍTICO  
LITERARIO DE *BABELIA, EL PAÍS*

## EPICTETO DÍAZ NAVARRO / ALGUNAS NARRACIONES EN EL AÑO DE LA PESTE

Una de las constantes que suelen presentar los exámenes anuales de una producción literaria es la petición de disculpas de quien lo elabora por las distintas limitaciones. Y para no faltar a esta norma podemos empezar por subrayar que doce meses no son suficientes para leer la elevada producción narrativa de nuestro país. Por un lado, tenemos un buen número de autores canónicos, si entendemos por ello aquellos cuyas novelas o colecciones de relatos tienen una gran tirada que suele contar con numerosas reseñas en distintos periódicos y suplementos y, por otro, hay que prestar atención a los desconocidos o poco conocidos pues siempre puede ocurrir que un autor novel publique la mejor novela del periodo, como sucedió, por citar un caso célebre, con *Juegos de la edad tardía* de Luis Landero.

Aquí he intentado abarcar algunos títulos para ir más allá de la simple enumeración, teniendo en cuenta que la reseña de una ajustada selección excedería en mucho las páginas con que contamos. Hay además que señalar que este ha sido un año atípico: la llegada de la terrible pandemia del COVID-19, además de acabar con la vida de miles de ciudadanos y dejar en muchas otras dolorosas secuelas, paralizó la economía y la vida cultural del país, pues desde el mes de marzo dejaron de celebrarse presentaciones, ferias del libro, y las actividades que constituyen la temporada editorial. Esto supuso primero un parón y luego, tengo la impresión, que quizá desmientan quienes conocen los números, de que en los últimos meses del año se han acumulado las publicaciones.

Además, mi admiración hacia varios escritores, la casualidad y los comentarios y reseñas de amigos siempre atentos a la actualidad, suponen que mi lectura sea claramente subjetiva y que, por ello, solo puedo presentar un panorama provisional en que faltarán numerosas obras y autores, a los que adelanto mis disculpas.

Resulta siempre difícil establecer una clasificación satisfactoria de cualquier género, entre otras cosas, cuando comprobamos que una obra puede situarse en dos o, a veces, más tipos, y que habría que añadir distinciones de técnica y retórica, pero si tuviera que elegir lo más significativo de estos meses, creo que sería la escritura de la mujer, la calidad y el número que alcanzan las novelas publicadas por mujeres durante el año. En unos casos resultará central la perspectiva de género, pero casi nunca desaparece del todo, sino que resultaría menos ostensible.

No es casualidad que varias publicaciones solventes hayan coincidido en la elección de *Un amor* (Anagrama) de Sara Mesa como la mejor novela del año. Sus últimas publicaciones, *Cara de pan, Mala letra* o *Cicatriz*, ya resultaban sobresalientes y de nuevo esta novela sorprende a quienes conozcan estas obras. Se trata de una autora cuya prosa ya desde sus inicios resulta brillante: frases escuetas, ambigüedad

y elipsis suelen ser constantes que dejan abierta la interpretación. Sara Mesa tiene siempre la capacidad de presentar el lado oscuro, unas relaciones inesperadas, un mundo cuya normalidad destila extrañeza y en este caso se trata de una historia que ha sido contada pocas veces: la historia de un amor. La acción se sitúa en un territorio imaginario que ya ha utilizado, en este caso *La Escapa*, una zona rural que carece de mayores indicios de singularidad de manera que podría ser cualquier lugar de este país, pero también de muchos otros. Esa zona la habitan unos pocos vecinos con los que la protagonista, Nat, mantiene poca relación y la primera parte del relato se centra en sus mínimas necesidades para sobrevivir ella sola y dedicar parte de su tiempo a la traducción. La capacidad de observación y la memoria de Nat le hacen prestar atención a frases de estos vecinos que apuntan a un pasado confuso y desconocido, pero también lo es el episodio de su pasado, su falta, que le empuja a este lugar apartado. A partir de ahí será el «amor», su inicio, su desarrollo y su final lo que centra la atención y nos hace preguntarnos por la índole de este sentimiento y de otros a los que damos ese nombre. Tanto los sentimientos y las emociones difíciles de definir como las relaciones del individuo con distintos poderes y la moral normativa resultan recurrentes en esta y otras obras de la escritora.

La capacidad de Elvira Lindo en distintos géneros literarios, de la literatura infantil al artículo periodístico, está fuera de duda, pero quizá, entre las novelas que ha escrito, *A corazón abierto* (Seix Barral) es la más lograda. Se trata de un texto de contenido autobiográfico que oscila entre la referencia a hechos ocurridos y la construcción literaria que lleva a cabo, teniendo como centro a sus padres y dedicando también espacio a una galería de personajes memorables (la tía paterna enfermera, la abuela «mala» de Málaga, la amiga en los tiempos en que formaba parte del PC, etc.). Elvira Lindo tiene un enorme talento para escuchar, para observar a los otros y, en este caso, a sus padres, en un retrato en que la empatía hacia ellos no construye una imagen nostálgica. No obstante, su padre será quien ocupa más atención y quien queda como una figura imborrable, pues la narradora cree que conociendo su psicología también se conocería a sí misma. Así, en el comienzo y en el final nos encontramos al padre enviado a Madrid después de acabar la guerra civil, un niño de 9 años que vagabundea por la ciudad y que no ha tenido el afecto ni siquiera de su familia. Es una imagen dickensiana en la que el talento de la escritora añade un tono personal y que supone el comienzo de una indagación sobre la personalidad de su padre y el mundo que le rodea, su madre y el coro que forman sus tres hermanos. En diversas intervenciones vemos cómo es la empatía hacia ellos y el intento de comprender lo

